

# Implicaciones

*Don Giussani. "Por qué la Iglesia". Tercera Parte Capítulo II Punto a*

Estas implicaciones, que me apremia detallar y aclarar, son interesantes, a mi juicio, porque están revestidas del carácter práctico ya que contestan a una mentalidad que generalmente, nos rodea, un modo de juzgar y de sentir que está presente a nuestro alrededor y, por consiguiente, en alguna medida o al menos potencialmente también en nosotros mismos.

## *a) Inevitabilidad de los temperamentos y mentalidades particulares.*

Si lo divino escoge lo humano como manera de comunicarse, el hombre que acepta este método, el cristiano, se convierte en tal cristiano y permanece siéndolo -es decir, es instrumento de lo divino- manteniendo su particular temperamento. Esta afirmación puede parecer una colosal banalidad, pero me veo conducido a ella para indicar el error que consiste no tanto en rechazar esta observación cuanto en la objeción que suele ser su consecuencia.

Pongo un ejemplo tomado del Antiguo Testamento. Dos de los cuarenta y seis libros que lo componen producen un curioso contraste: el Qohelet y el Sirácida. Antes ese contraste resultaba mucho más evidente, porque lo habitual era encontrarlos uno a continuación de otro, con los Nombres de Eclesiastés y Eclesiástico.

El primero está como envuelto en una pátina de tristeza. Casi parece que estuviéramos abordando las Prosas morales de Leopardi. Es cierto que el autor bíblico concluye invitando al hombre a confiar en Dios; pero, cuando tiene que pintar la condición humana, se siente empujado a manifestar consideraciones amargas:

Dije de la risa: 'Es locura;  
Y de la alegría '¿De qué sirve?'<sup>14</sup>

Cuando reflexiona sobre los actos del hombre en la tierra se ve inducido a afirmar: "Entonces miré cuanto habían hecho mis manos [...] y me pareció todo vanidad y como seguir al viento"<sup>15</sup>, de manera que la síntesis de su particular punto de vista sobre la vida subraya precisamente el vacío de las cosas, la nulidad de apariencias: "Vanidad de vanidades, dice Qohelet, todo es vanidad"<sup>16</sup>

Sin embargo, es suficiente pasar unas páginas para encontrarse ante el otro libro sapiencial al que me refería: de tono opuesto, sereno, positivo acerca de la creación y todo él teñido de una actitud benévola frente a sus interlocutores, tendiendo por entero a constituir una alabanza luminosa a Dios, porque ha sembrado la historia de Israel con tantos hombres en los que "su grandeza se ha manifestado"<sup>17</sup>. Y así concluye el largo texto del Sirácida:

"Alégrense vuestra alma de la misericordia del Señor;  
no tenéis que avergonzaros de alabarle  
cumplid vuestra obra a tiempo

---

<sup>14</sup> Qo 2,2

<sup>15</sup> Qo 2,11

<sup>16</sup> Qo12,8

<sup>17</sup> Sir 44,2

y en su día Él os recompensará”<sup>18</sup>

El contraste, que he querido subrayar, propone a nuestra reflexión el hecho de que Dios, al elegir el vehículo humano para comunicarse y salvar al hombre, utiliza tanto uno como otro de los dos temperamentos opuestos. A través del primero expresará un valor y, mediante el segundo, otro. Hay una advertencia sobre la caducidad de las cosas que está mejor expresada por el temperamento melancólico, y una llamada de atención sobre la positividad lógica de la existencia que transmite mucho más el temperamento solar, entusiasta. Lo que cuenta es el valor que vehiculan y puesto que Dios usa al hombre como “instrumento” suyo, nunca encontraremos ese valor, por así decirlo, en estado puro: la comunicación de Dios está encarnada en el temperamento del hombre. Este constituye una “condición” que Dios acepta y transforma en “instrumento” de su designio, de su plan de salvación.

De este modo, el cristiano que lleva hoy su anuncio al que encuentra a su lado, opera también “con la cera que arde”, como reza el dicho popular. Es decir, que si la cera de su temperamento es de buena calidad, la llama que dará será viva y luminosa, mientras que, si su cera es poco fina, podrá producir humo y malestar.

Pero el poder de Dios pasa a través del condicionamiento que supone el tipo humano del que se sirve. Así que estamos llamados a captar bien este paso.

Tengo un recuerdo de mis primeros años de sacerdocio. Cuando tenía que predicar en la iglesia me asaltaba una extraña impresión.

Me parecía que la iglesia se dividía en manchas como si el auditorio estuviese agrupado en puntos claros y puntos oscuros. En efecto, había allí personas que, a medida que iban escuchando, parecían abrir la expresión de su rostro en tanto, que otras, por el contrario, mientras yo hablaba, asumían una actitud cada vez más retraída, de fastidio. Mucho tiempo después, con el paso de los años, he comprendido de qué se trataba. Era mi mismo temperamento, mi mismo tono de voz, el modo en que exponía y afrontaba los problemas, lo que surtía el efecto de iluminar a algunos e irritar a otros.

Por eso he anotado bien recordarme a mí mismo y a los demás el riesgo que conlleva juzgar una predicación, un anuncio, la expresión de un valor, basándose en elementos como el carácter particular, la actitud, la capacidad o incapacidad expresiva. El riesgo consiste en olvidar que lo que está en juego es nuestro amor a la verdad; pues, efectivamente, es necesario desear profundamente lo verdadero para poder superar el escándalo del instrumento que lo comunica.

Cuando entré por primera vez en una clase de bachillerato, como profesor de religión, lo hice sustituyendo a una persona que poseía cierto tipo de cualidades: era alguien excelente, de trato gentil y distinguido, sosegado. Cuando yo entré en el aula y comencé a dar la lección, obviamente a mi modo, con mis rasgos, mis características, ¡fue como si toda la clase se retrajera en el primer momento, enojada, ante lo que parecía casi una insolencia! Evidentemente, ciertas particularidades retrasaron mucho, en aquel caso, la comunicación de la verdad que, no obstante, yo también deseaba anunciar.

Con frecuencia se oye decir: “¡Ah, si todos los cristianos fueran como tal o cual!” O también: “¡Si todos los curas fueran como ése!”. Esta es la cosa: semejantes frases atestiguan el error al que me estoy refiriendo y son síntomas de una actitud que empobrece antes que nadie a quien la practica. Porque es una ilusión falsa pensar que seríamos automáticamente diferentes en nuestra postura frente a una verdad si fueran distintas las personas con las que nos hubiéramos topado. Llegar a esto es ilusorio, es conferir la dignidad de un juicio a lo que es una simple reacción, a menudo también comprensible de simpatía o antipatía ante una presencia determinada.

---

<sup>18</sup> Sir 51,29-30

Un buscador de oro jamás se habría parado ante el fango del lecho de un río en el que esperaba poder encontrar pepitas. Buscaría el oro, y lo que le movería sería la mayor o menor probabilidad de encontrarlo, pero no las condiciones en las cuales podría llegar a obtenerlo.

Es terrible pensar, en cambio, cuán fácilmente se ve al hombre distanciado del problema de su destino, hasta el punto que renunciaría al oro por causa del fango que lo acompaña. Pero, como decíamos, el problema es de juicio: no se ve que lo que está en juego es el oro de la vida.

Observaciones análogas a las que hemos apuntado por lo que respecta al temperamento podrían hacerse en lo que concierne a la mentalidad, es decir, a ese conjunto de actitudes que demuestra habitualmente un individuo o una sociedad en respuesta a los problemas de la vida. La mentalidad de un hombre es fruto de temperamento, de su formación y de las vicisitudes particulares que han incidido en su existencia. La mentalidad es una capacidad de conciencia.

En la historia de la Iglesia hay muchos ejemplos luminosos tanto en lo que se refiere a la diversidad de temperamentos como a la posibilidad de varias mentalidades diferentes.

Por ejemplo, en la historia del papado hay dos figuras que podrían ponerse en contraste debido a su personalidad, su formación y, sobre todo, por la fisonomía específica que imprimieron a su misión: Silvestre II y Gregorio VII. El primero, que fue el Papa del año Mil, era considerado "la inteligencia más universal de la época"<sup>19</sup>, "había estudiado matemáticas, astronomía, a la que dedicaba sus noches, literatura latina, música y, sobre todo, ciencias religiosas, filosofía y teología"<sup>20</sup>. Era, en resumen el mayor erudito viviente entonces<sup>21</sup>. Maestro y amigo del jovencísimo emperador Otón III, compartió con éste el sueño de un imperio cristiano. "A decir verdad, en esta colaboración el papa ocupaba una posición de sumisión"<sup>22</sup>, fue elevado al solio pontificio con el fuerte apoyo del emperador y el joven Otón no dejó de interferir, durante el breve período de su reinado, en muchas ocasiones eclesíásticas<sup>23</sup>

Aunque el sueño imperial duró poco, Otón y Silvestre dejaron una señal en la historia de la Iglesia. La sensibilidad cultural del ex monje Gerberto se había puesto al servicio de una Iglesia que él deseaba consolidar en las regiones más lejanas, pues se sentía llamado a expresar su universalidad. Hungría y Polonia fueron así definitivamente incorporadas al Occidente cristiano, y el mismo Gregorio VII recordaría más tarde a la Iglesia húngara la figura de este predecesor suyo.

Si el papado de Silvestre se distinguió por la concordia con el imperio al compartir un proyecto, el de Gregorio VII, aun teniendo el mismo acento puesto en el ideal unitario de la cristiandad, es recordado por la emancipación del Papado de su sumisión al imperio y por la separación de la autoridad espiritual de los obispos respecto de sus compromisos como miembros de la jerarquía feudal. Animado por la exigencia de renovar la Iglesia, Gregorio persiguió su santidad y su pureza con un celo impetuoso<sup>24</sup> Y así las tensiones con Enrique IV asumieron proporciones que quizá el mismo pontífice no hubiera deseado. Pero, con independencia de todos los dilemas que la acción histórica de Gregorio VII plantea a los estudiosos, "una cosa es

<sup>19</sup> C. Dawson, la religión y el origen de la cultura occidental, op. Cit., p. 92

<sup>20</sup> H. Daniel – Rops, *Historia de la Iglesia de Cristo*, Luis de Caralt, Barcelona 1970 (Amigos de la Historia), vol. III, *La Iglesia de los tiempos bárbaros*, cf. Tr. P. 275.

<sup>21</sup> F. Kempf, "La comunidad de pueblos occidentales y la iglesia desde 900 a 1046", en H. Jedin (dir), *Manual de Historia de la Iglesia*, T III. *De la Iglesia de la primitiva Edad Media a la reforma gregoriana*, Herder, Barcelona 1970, cf. Tr. P. 348. Continúa Kempf: "Formado en su Monasterio de Aurillac, luego en Vich (Cataluña), donde estudió matemáticas y ciencias naturales, y más tarde en Reims donde fue nombrado director de la escuela de la catedral, ... dominaba de modo sorprendente todas las ciencias del trivium y del quadrivium" (ib.).

<sup>22</sup> Ib.

<sup>23</sup> No obstante, es bueno recordar, con Daniel Rops, que "los cristianos del año mil eran hombres llevados por temperamento a los extremos, pero (...) eran capaces de realizar conmovedores gestos movidos por la fe". Y así "Otón III, que siguió siendo toda su vida alumno de Gerberto (Silvestre II), como lo había sido de joven, (...) cuando los intereses de sus tronos respectivos se encontraron en posturas contrapuestas, se sometió cristianamente al Papa". (H. Daniel Rops, *Historia de la Iglesia de Cristo*, op. Cit. Tr. P.277)

<sup>24</sup> No tenía un carácter amable ni agradable – escribe Brandmüller-, siendo a menudo áspero como el "viento del norte". Quizá radicara en este aspecto de su carácter aquella aspereza con la que luchó para extender, exageradamente, según nuestra mentalidad, las prerrogativas de su función". (W. Brandmüller, "Gregorio VII, en P. Manns (ed.), *I Santi. Dal medioevo ai nostri giorni*, Jaca Book, milán, p. 75).

cierta en todo caso: este se sintió como una persona aferrada por Dios, y actuó en consecuencia. Aun cuando, incluso en la situación más desesperada, no cediera a falsos compromisos con Enrique IV, no lo hizo por obstinación, sino porque creía en su misión con una fe capaz de mover montañas”<sup>25</sup>.

Precisamente esta fe en la Iglesia, que debía ser libre y santa, sería reconocida como heroica al comienzo del siglo XVII por un sucesor de Gregorio, Pablo V quien le canonizó.

La unidad de la Iglesia, su fuerza propulsiva dirigida a todos los hombres, su necesidad interna de ser lo más eficaz posible para llevar un mensaje único e irrepetible a la humanidad, han sido y son servidas por temperamentos distintos o, más aún, como hemos visto, por proyectos aparentemente opuestos en cuanto fenómenos, por improntas culturales capaces de subrayar diferentes perspectivas de acción.

Todo esto no puede constituir objeción ni motivo de adhesión al mensaje: no podemos detenernos en la fascinación que ejercen las grandes personalidades ni en sus límites. Hay que adherirse a algo o rechazarlo por su contenido, por su verdadera capacidad o no de resolver el problema tal y como se nos plantea. Si Dios ha querido utilizar a los hombres como instrumento para comunicarse, ellos deben ser juzgados como tales instrumentos y a cada uno le compete, por volver al ejemplo anterior, desear lo suficiente el oro del mensaje. Si uno desea el oro no se escandaliza por encontrarlo en medio del magma, debe mancharse y esforzarse por extraerlo. Si uno no quiere ensuciarse, entonces es que no está tan interesado en el oro; le interesa más bien conservar sus manos limpias.

Otro ejemplo, tomado de la historia de la Iglesia, que demuestra la incidencia, con sus límites, de las personalidades y mentalidades que sirven como instrumentos del designio providencial de Dios, es el más cercano a nuestro tiempo de Pío IX, recientemente proclamado beato. Él, en el largo pontificado que acompañó a las grandes transformaciones de la sociedad durante la segunda mitad del siglo XIX, nos muestra la bondad de su temperamento natural, pero también la estrechez de horizontes de su mentalidad, comprensiblemente dominada por sus dudas, miedos y emociones<sup>26</sup>. Notemos que a la Iglesia de la época no le faltaron ciertamente grandes personalidades ni grandes santos: en Inglaterra se convertía Newman del anglicanismo, en Francia trece años después de la elección de Pío IX moría el Cura de Ars, en Alemania Ketteler señalaba a la Iglesia nuevas tareas con su sensibilidad hacia la condición obrera, en Italia Juan Bosco hacía que saltaran a la vista de la opinión pública los dramas de la situación juvenil en las ciudades modernas. Y como cabeza de la Iglesia Dios quiso a un hombre bueno, de grandes impulsos, pero sin la amplitud de miras suficiente para afrontar nuevos tiempos. Sin embargo también él sirvió a la Iglesia con sus cualidades y sus defectos, como habría hecho por lo demás cualquier otro y ciertamente tanto sus cualidades como sus límites fueron instrumento y estímulo para una mayor responsabilidad de los cristianos de su tiempo.

Así, pues, si la Iglesia se define como lo divino que se comunica mediante lo humano, dicho aspecto humano se expresará en cada persona con el temperamento y la mentalidad de esa misma persona.

---

<sup>25</sup> F. Kempf, “La reforma gregoriana”, en H. Jedin (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*, t. III, op. cit. cf. tr. pp 592-593.

<sup>26</sup> Sin embargo, advierte Aubert, “era verdaderamente un hombre sencillo y bueno, de una delicadeza que tenía expresiones exquisitas y gestos fascinantes, aunque esto no le impedía tener una franqueza brutal cuando lo consideraba útil. [...] Sin ser un intelectual, se interesaba por las cosas del espíritu [...] y cuando llegó a ser Papa, se preocupó de estar informado acerca de los progresos de las invenciones modernas.” No obstante, hay que reconocer que él no logró que la Iglesia se adaptara a la profunda evolución que estaba transformando radicalmente la organización de la sociedad civil, ni al vuelco de perspectivas que imponían los progresos de las ciencias naturales e históricas a algunas posiciones teológicas tradicionales” (R. Aubert, “Pío IX después de 1848” en H. Jedin (dir.), *Manual de Historia de la Iglesia*, t. VII, *La Iglesia entre la Revolución y la Restauración*, Herder, Barcelona 1978, cf. tr. pp. 66ss.).